



La “initerabilidad” de la escritura. Sobre la noción de trace en Derrida

Juan José Martínez Olguin

Question/Cuestión, Vol. 2, N° 66, Agosto 2020

ISSNe 1669-6581

<https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/index>

ICom-FPyCS-UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e457>

La “initerabilidad” de la escritura. Sobre la noción de trace de Derrida

The "initerability" of writing. On the notion of trace in Derrida

José Martínez Olguin

Instituto de Altos Estudios Sociales,
Universidad Nacional de San Martín,
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina

jjmartinezolguin@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-3168-2505>

Resumen

En el presente trabajo intentamos mostrar que la concepción de escritura como archi-escritura o movimiento de la trace que desarrolla Derrida a lo largo de su largo trayecto intelectual posee un déficit en relación con la posibilidad de identificar la especificidad de la escritura en su sentido corriente, es decir como el ejercicio de trazar letras o signos. Para explicar este déficit proponemos articular el texto a partir de la Conferencia que Derrida da en Montreal en 1971 y, más particularmente, a partir de la categoría de iterabilidad que desarrolla el autor en esa misma conferencia.

Palabras clave

Escritura; Derrida; Trace; Iterabilidad.

Abstract

In this paper we try to show that that Derrida's conception of writing as archi-writing or movement of the trace has a deficit in relation to the possibility of identifying the specificity of writing in its ordinary sense, that is, as the exercise of tracing letters or signs. To explain this deficit we propose to articulate the text around the Conference that Derrida gives in Montreal in 1971 and, more particularly, around the category of iterability that the author develops in that Conference.

Key Words

Writing; Derrida; Trace; Iterability.

Introducción

En la elaboración de su crítica a la metafísica de la presencia, el tema de la escritura ocupa para Derrida un lugar central. En los primeros años de su recorrido intelectual, esa crítica tiene como antecedente más cercano la crítica que el propio Derrida le hace a la fenomenología de Husserl. Dos textos son fundamentales para comprender, en este sentido, este primer antecedente: la larga introducción que el filósofo de la deconstrucción dedica a *L'origine de la géométrie* (Husserl, 1962), la versión francesa de la obra de Husserl que traduce el mismísimo Derrida, y un pequeño ensayo publicado por primera vez en griego, en la revista *Epokhé*, que recién ve la luz en su lengua original, en Francia, a partir de su publicación en el número 8 de la revista *Alter. Revue de phenomenologie*. Tanto en la *Introduction* (Derrida, 1962) como en “*La phénoménologie et la clôture de la métaphysique. Introduction à la pensée de Husserl*” (Derrida, 2000) -el segundo de los textos a los que hacíamos referencia- Derrida ya había comenzado a desarrollar y a darle forma a esa crítica cuyas resonancias y cuyos efectos perduran hasta nuestros días (Cragolini, 2012). Muy sintéticamente, la crítica que Derrida le hace a Husserl y a su fenomenología tiene dos aspectos fundamentales. El primero es el que se vincula con el modo en el que el filósofo alemán piensa el pasaje a la objetividad de la idealidad del concepto (es decir de la idealidad geométrica o de los conceptos que inventa el geómetra). Para Husserl, en efecto, la única vía para alcanzar la objetividad de la idea o de la idealidad geométrica es la escritura. Sólo a través de la inscripción de esa idealidad en la materia sensible, de su inscripción como escritura, ella alcanza la objetividad de una cosa, el estatuto de existencia objetiva, de *être-à-perpétuité* (*das Immerfort-Sein*) que le permita existir más allá de la cabeza del que la piensa. Porque,

aclara Husserl (1962) en *El origen de la geometría*, “la presencia original y en persona, en la actualidad de la primera producción, en la “evidencia” entonces originaria, no hace lugar en general a ningún conocimiento persistente que pueda tener existencia objetiva” (p. 184). La escritura vendría así a garantizar, mediante la inscripción, “la perduración de la presencia originaria de un acto noético” (Moati, 2013, p. 25). Como vemos, esta idea es presa de una concepción metafísica de la presencia, es decir de un concepto de presencia pura u originaria. Porque para que el *être-à perpétuité* de las idealidades, del concepto, de la idealidad geométrica o más ampliamente de la intencionalidad (fenomenológica) se produzca, para que su objetivación tenga lugar, es necesario que la escritura funcione “como el substrato de una presencia” (Ibid., p. 10) anterior y original a la que ella vendría a objetivar. Para Derrida, sin embargo, la escritura tiene un lugar más bien paradójico en la fenomenología de Husserl. Porque -y este es el segundo aspecto que mencionábamos- si por un lado ella permite la objetivación de la idealidad, objetivación que implica, en última instancia, la posibilidad misma del sentido –“el sentido, escribe Derrida (1967c) en *L’écriture et la différence*, debe esperar a ser (...) escrito para habitarse él mismo y llegar a ser lo que es (...): sentido. Es lo que nos enseña a pensar Husserl en *El origen de la geometría*” (p. 22) -, por otro lado la escritura es al mismo tiempo el síntoma del fracaso del sentido de constituirse plenamente, porque al inscribirse se inscribe también en la discontinuidad de la inscripción, de la marca gráfica. La escritura, dicho de otro modo, introduce una diferencia, una discontinuidad, entre el acto originario de constitución de la idealidad y su reproducción ulterior, su reactivación (por la escritura) desde el momento en el que la reproducción o reactivación de ese sentido, de esa idealidad originaria, no es en absoluto sistemático: “reactivar la escritura -

sostiene Derrida (1967b) en *La voix et le phénomène*- es siempre despertar una palabra en el cuerpo de una letra que lleva consigo, en tanto que símbolo que puede siempre quedar vacío, la amenaza de una crisis” (p. 90) .

Ahora bien: esta crítica a la fenomenología de Husserl -decíamos más arriba- es en realidad sólo el antecedente de la crítica que Derrida le dirige a la metafísica de la presencia que, según el propio Derrida, estructura el pensamiento filosófico occidental desde Platón hasta nuestros días. Si bien es cierto que en *La voix et le phénomène* Derrida va a recuperar la mayoría de estos cuestionamientos para reelaborarlos y reconducirlos en un sentido que sin dudas aparece mucho más elaborado y cercano a esa crítica -a partir de su análisis de la voz y de la conciencia en Husserl-, lo cierto es que es en *De la grammatologie* (Derrida, 1967a) en donde el filósofo francés realiza su primera y más sistemática elaboración de lo que pronto se convertirá en el principal aporte de la deconstrucción a la filosofía . No sólo porque allí Derrida emplea por primera vez -en forma sistemática y “sistematizada”- el concepto de huella o de trace -que sólo aparece muy marginalmente en sus ensayos anteriores: apenas es mencionado, por ejemplo, en *Violence et métaphysique* (Derrida, 1967c, pp. 117-228), texto dedicado al pensamiento de Levinas- sino porque en su texto clave de 1967 Derrida desplaza su crítica a la idea de una presencia pura y originaria, y por lo tanto el tema de la escritura, del ámbito de la idealidad fenomenológica, o simplemente de la fenomenología, al de la ontología o la filosofía en general. En resumidas cuentas, lo que intenta explicar Derrida en aquel texto fundamental de los '60 es que el pensamiento occidental excluyó, una y otra vez, a la escritura del ámbito del ser, del Eidos o de la verdad. Es decir: desde el *Fedro* de Platón (2008), al que el filósofo francés le dedica un extenso ensayo publicado un año después de *De la*

grammatologie, la filosofía no hizo otra cosa que pensar a la escritura como un elemento accesorio, como una herramienta incluso maléfica -un pharmakon, dirá Derrida (1968) en *La pharmacie de Platon*, el ensayo que mencionábamos en relación con la palabra hablada o con el habla. El ser, el sentido o la verdad, dicho en otras palabras, está presente plenamente -según la tradición filosófica occidental- en la voz o en la palabra, en el sonido o en la foné, y de ningún modo en la escritura o la palabra escrita. Si bien Derrida (1967a) se concentra en la segunda parte de aquel texto en la forma en la que Rousseau es preso de este privilegio del habla o de la voz, el recorrido que hace el autor incluye a representantes y filósofos de la talla de Aristóteles, Saussure y Lévi-Strauss. La escritura se convierte así, para Derrida, en el tema que mejor explica este logocentrismo que funda la metafísica de la presencia del pensamiento occidental. El afán de Derrida por devolverle a la escritura su centralidad, que tiene en el concepto de la trace o la huella su pilar central, se enmarca así en el intento por combatir este privilegio equiparando escritura y habla y haciendo de la escritura (como archi-escritura) el movimiento mismo que hace posible el sentido, el logos o el lenguaje en general.

Lo que quisiéramos, sin embargo, plantear en este trabajo es que en este afán de devolverle a la escritura su centralidad, Derrida descuida la singularidad de la escritura en su sentido corriente, es decir como práctica que no sólo encierra, como el habla, el movimiento de la huella o de la trace. La escritura, puesto en otras palabras, no sólo es archi-escritura ya que, en su sentido corriente, es decir como “el acto muscular de escribir, de trazar letras” -como dirá Barthes (2002, p. 267) - posee una especificidad que escapa a la concepción que la comprende sólo como huella o trace, concepción que, al mismo tiempo, la equipara equivocadamente y sin más -por las razones que

veremos enseguida- al habla o a la palabra hablada. Proponemos, para dar cuenta de este descuido, hacer un camino bien específico y “restringido”: analizar la Conferencia que Derrida da en Montreal en 1971 en el Congreso Internacional de las Sociedades de Filosofía y lengua francesa. La decisión de restringir y limitar -en lo esencial aunque no exclusivamente, va de suyo- el análisis a esta exposición en particular, se fundamenta en la elección teórica que el propio Derrida toma, allí, para explicar la concepción de la escritura como archi-escritura. En esa Conferencia, en efecto, Derrida aborda el tema de la escritura, y más generalmente el de su crítica a la metafísica de la presencia, a partir del concepto de iterabilidad. La importancia del desarrollo de este concepto en el marco de aquella exposición, que por otro lado le costó al propio Derrida un fuerte debate con el intelectual anglosajón John Searle (Moati, 2009), es fundamental para los fines de este texto, y para lo que aquí queremos argumentar, porque a través de él se refleja con toda profundidad, y quizás mejor que a través de cualquiera de los demás conceptos de la deconstrucción, el descuido que esta concepción de la escritura como archi-escritura, o como movimiento de la huella o de la trace, involucra en relación con la escritura en su sentido corriente. Tomando, por lo tanto, como eje la Conferencia en Montreal, y más específicamente su nudo central, la condición de iterabilidad de la escritura como archi-escritura o movimiento de la trace, intentaremos, en síntesis, especificar el descuido por parte de la filosofía de Derrida de la especificidad de la escritura en su sentido corriente o como “ejercicio manual” -para retomar una vez más una expresión de Barthes (2002).

La escritura como huella (o movimiento de la trace)

Cuando los hombres alcanzaron el estado de comunicarse sus pensamientos por sonidos –escribe Condillac (2014) en el Essai sur l'origine des

connaissances humaines– sintieron la necesidad de “imaginar nuevos signos apropiados para perpetuarlos y para hacerlos conocer a las personas ausentes” (p. 206). El sistema de esos nuevos signos a los que Condillac les atribuye la función de perpetuar los pensamientos de los hombres y, fundamentalmente, de comunicarlos a las personas ausentes, no es ni más ni menos que ese “sistema” que conocemos con el nombre de escritura. Pero la escritura, como bien deja al descubierto la frase del Essai, sólo pudo surgir después de que los hombres alcanzaran cierto estado de evolución: porque antes de la comunicación escrita, es decir antes que el lenguaje articulado, que por supuesto para Condillac, como heredero de la tradición filosófica de la que forma parte -la tradición occidental-, tomó en primer lugar la forma del lenguaje hablado y luego la forma de la escritura, fue el lenguaje de la acción, es decir el lenguaje gestual, el medio a partir del cual los hombres comunicaban sus pensamientos . Poco más de dos siglos después de que fuera pronunciada en aquél -ya- clásico texto de mediados del siglo XVIII, esta frase es retomada, o mejor dicho recuperada por Derrida en otro clásico ensayo que fue objeto, en 1971, de una comunicación en el Congreso Internacional de las Sociedades de Filosofía y lengua francesa en Montreal, e incluido posteriormente en su célebre libro *Marges de la philosophie* con el nombre de *Signature, événement, contexte* (Derrida, 1972b). Allí, en efecto, al citar la frase Derrida resalta la última palabra con la que el propio Condillac culmina la afirmación del Essai: “a las personas ausentes” (Ibid., p. 371). El resaltado, desde luego, no es casual: Derrida intenta con él dar el puntapié inicial a una larga y lúcida exposición con la que pretende cuestionar, o cuanto menos revisar, el concepto de ausencia que opera en la concepción de la escritura de Condillac, es decir en el origen y en la función que Condillac le otorga a la escritura -y cuyos efectos, según el

propio Derrida, podrían incluso extenderse a la totalidad de su pensamiento, a lo largo y a lo ancho de todo el Essai-. “La ausencia de la que habla Condillac – sostiene entonces Derrida en aquella Conferencia- está determinada de la manera más clásica, como una modificación continua, una extenuación progresiva de la presencia. La representación suple (suplée) regularmente la presencia” (Ibid., p. 372). El problema que encuentra Derrida en el concepto de ausencia que rige la definición de Condillac de la escritura reside, así, en la forma en la que se ausentan las personas ausentes a las que se dirigiría la escritura. Lo que Derrida reclama a Condillac, dicho de otro modo, es que esa ausencia es para él sólo diferida, lejana, y no una ausencia absoluta. De algún modo, por lo tanto, los ausentes a los que los hombres les escriben para comunicar y para perpetuar sus pensamientos están ausentes sólo en forma parcial o, en realidad, no están verdaderamente ausentes puesto que ellos aparecen representados, idealizados, y por lo tanto presentes, en el fin de la escritura -en el fin de la escritura que es también el origen y la función de la escritura: la de comunicar, según Condillac (insistimos), las ideas o los pensamientos a las personas ausentes-. La ausencia de la que habla el filósofo de la Ilustración no sería, así, ni radical ni estructural, sino simplemente una ausencia transitoria, y en este sentido diferida. Es decir: si en el momento que se escribe el destinatario está ausente del campo de percepción del que escribe es sólo a título provisional porque su presencia física está ya siempre supuesta en el momento en que se decide comenzar el ejercicio de la escritura. Se escribe para los ausentes para comunicar nuestros pensamientos, o sea para comunicarlos a alguien que en algún momento estará presente para recibirlos: “el signo escrito se adelanta -afirma Derrida- en ausencia del destinatario” (Ibid., p. 374). Es decir: simplemente se adelanta.

Sin embargo, lejos de esta ausencia accidental del destinatario en la escritura, Derrida plantea en esta Conferencia que ella forma parte de la estructura misma de la escritura puesto que es necesaria para que la escritura se constituya. Su ausencia, la ausencia del destinatario, es por lo tanto absoluta y de ningún modo diferida. Si ella no es la modificación continua o progresiva de la presencia, puesto en otras palabras, es porque es preciso que la comunicación escrita siga siendo legible a pesar de la desaparición absoluta de todo destinatario, de su desaparición física, de su muerte. La función de la escritura, su legibilidad, depende -sostiene Derrida- enteramente de esta ausencia. A esta característica esencial de la escritura, ligada a un concepto radical o absoluto de la ausencia, a una ausencia que ya no depende de la categoría de la presencia, Derrida la llama la iterabilidad de la escritura. Es la identidad de marca de la escritura. Cada signo lingüístico, cada código escrito tiene que poder ser repetible, iterable y reiterable más allá de la determinación empírica de un destinatario y esto es así para cualquiera tipo de escritura, sea ésta jeroglífica, alfabética, ideográfica o fonética. Tengo que poder repetir lo que está escrito, tengo que poder citarlo, y tengo que poder hacerlo en virtud de la marca que identifica a cada signo escrito para que lo escrito pueda ser leído, comunicado y transmitido.

Para defender e ilustrar mejor esta idea, la iterabilidad de la escritura, Derrida propone un ejemplo extremo, en el límite de lo posible: imaginemos -sostiene- un código lo suficientemente idiomático, lo suficientemente extraño al resto de los códigos escritos -es decir lo suficientemente “secreto y oscuro” sin ser, por las razones que desarrollaremos enseguida, absolutamente secreto y oscuro- como para que el mismo sea sólo conocido por los sujetos que lo inventaron. E imaginemos, incluso, que los sujetos que lo inventaron hayan sido sólo dos

individuos, es decir que sólo dos individuos sean los únicos que hayan conocido ese código: ¿diríamos entonces -se pregunta Derrida- que sigue habiendo allí escritura, luego de la muerte de uno o, mejor aún, luego de la muerte de ambos individuos? Hay escritura, responde el filósofo francés, en la medida en que el código, aunque parcialmente secreto, aunque sólo conocido parcialmente por dos individuos, y aunque ambos hayan muerto luego de haberlo producido, hay escritura -entonces- en la medida en que el código inventado posea una marca que lo haga capaz de ser repetido, en la medida en que el mismo contenga una marca implícita que lo haga identificable y, así, capaz de ser transmitido o comunicado. Es esa posibilidad de identificar la marca única que identifica a un código escrito lo que hace posible la escritura. Incluso más: no es necesario siquiera saber el sentido que transporta el código para que su potencialidad de transmisión, de comunicación, de repetición, sea una realidad. O, lo que sería lo mismo, sólo si es repetible, iterable, repetible e iterable más allá del que lo inventó, de su origen, de su contexto, puede un código transportar un sentido. Ningún código, por lo tanto, puede ser totalmente secreto y oscuro, estructuralmente secreto y oscuro porque lo que lo convierte en código, en medio de comunicación, es decir aquí, y provisoriamente, sólo en escritura, es su marca implícita, su identidad de marca -enseguida, puesto que es esencial para la explicación de Derrida, veremos el estatuto de esta marca: por ahora sólo basta con saber que ella es lo que identifica a ese código-. Ahora bien: como en cierto punto anticipa el ejemplo, la misma razón -la iterabilidad de la escritura- que hace de la ausencia del destinatario una ausencia estructural de la escritura, una ausencia necesaria y no accidental, absoluta y no relativa, es la que explica la ausencia igualmente estructural,

absoluta y no relativa, necesaria y no accidental, del emisor, es decir del productor del código:

Lo que vale para el destinatario, vale también por las mismas razones para el emisor o el productor. Escribir es producir una marca (marque) que constituirá una especie de máquina productora a su vez, que mi futura desaparición no impedirá que siga funcionando y dando, dándose a leer y reescribir (Derrida, 1972b, p. 376).

El punto, por lo tanto, que explica la ausencia del productor del código, digamos del escritor, como condición estructural de la escritura es, teniendo en cuenta la explicación de esa misma condición para el destinatario, bastante transparente: al igual que el destinatario, el que produce el código tiene que poder estar estructuralmente ausente para que haya escritura porque el código que produjo tiene que poder ser legible y reiterable más allá de su presencia, luego de su muerte. El código escrito, producido, no puede no tener una marca que lo identifique y que lo identifique siempre más allá del que lo produjo. Sólo así puede ser comunicable. Y aquí, nuevamente, no importa tampoco lo que efectivamente el productor del código haya querido decir, su sentido, su voluntad de significar, porque para que ella exista y pueda ser transmitida primero el código debe cumplir con su condición de iterabilidad, debe poseer una marca que lo identifique para que el mismo sea capaz de ser reproducido más allá del emisor, reproducido y, después y en todo caso, también comprendido (en su sentido). Despejada entonces en todas sus dimensiones la característica esencial de la escritura, su iterabilidad, Derrida se pregunta si ella no opera, también, más allá de la escritura, no sólo en la escritura sino en el lenguaje hablado, es decir y por lo tanto, en el lenguaje en general. Efectivamente, para que la unidad mínima del lenguaje hablado funcione como

lengua debe, al igual que en la escritura, contener una marca de identidad, una marca que la identifique más allá de quien la hable, de quien la hable pero también de quien la escuche, del emisor pero también del receptor, de la presencia circunstancial y permanente de ambos es decir: en su ausencia radical. Es preciso -en suma- que la forma significativa que integra cada uno de los componentes del habla se comporte, en algún sentido, como el código escrito mismo: el recorte sonoro de cada una de las unidades con las que construimos el lenguaje tiene que estar en condiciones de prestarse a la iterabilidad, a la repetición, a la identificación que es, precisamente, la que permite que sea repetible. Aunque sea oral, concluye Derrida, lo que hace de toda marca (oral) un grafema es, al igual que en la escritura, su capacidad de ser citada y reconocida, separada de su origen, de su contexto y de la producción de sentido que se le asigna. Ahora bien: ¿Cuál es el estatuto de esta marca? ¿Cómo marca ella a la escritura, al lenguaje hablado? La pregunta, y su respuesta, conducen al centro neurálgico de la filosofía de Derrida, que es también el centro neurálgico de su crítica a la historia de la filosofía occidental: la crítica a la metafísica de la presencia. La marca que, en la escritura pero también en el lenguaje hablado, hace de cada código escrito y de cada código oral un grafema -un signo-, que permite su iterabilidad, es una marca que no está nunca plenamente presente, que en el acto mismo que se presenta se borra, que se presenta a través del mismo movimiento que la hace borrar. La marca que identifica a la marca es, así, una identidad separada de sí misma, sin unidad. Como vemos, lo que Derrida llama en este texto de 1971 marca (marque) es lo que en la década del '60 reconocía, en su primer y más elaborado texto sobre el tema, es decir en *De la grammatologie*, con el nombre de huella, o trace, según la terminología francesa.

Si nos detenemos, en efecto, en la forma en la que esta huella o esta marca - es decir que esta marque o esta trace- actúa cada vez que hablamos y cada vez que escribimos podemos identificar muy fácilmente el modo en el que ella se despliega, o funciona, según la "lógica" de esta economía "evanescente" de la huella, o de la marca, que marca, borrándose, al código escrito y oral, al habla y a la escritura. En el habla, la simple voz o la phoné con la que Aristóteles reconocía la voz animal, y con la que la separaba, también, de la voz humana (Aristóteles, 1998, p. 50-51), se pierde en la medida en que, cuando hablamos, el logos envuelve y desecha la materia sonora para convertirla en sentido. Cada unidad del lenguaje hablado, en el lenguaje fonético cada letra es, como bien reconocía Saussure (1945, pp. 141-144), un recorte material de sonido que, al transformarlo en lenguaje, al asignarle el estatuto de significante, pierde su condición de puro sonido. Pierde esa condición, sin embargo, sin perderla del todo. Puesto que si la perdiese del todo dejaría de ser reconocible, identificable. Pero tampoco es, por otro lado, del todo reconocible e identificable puesto que si lo fuera, perdería su característica de marca, de huella (o trace), y se transformaría en una marca plena (una marca que se daría a entender como ruido, como puro sonido), en una identidad plenamente presente, presente a sí, en una unidad indivisible (y volveríamos así, sin quererlo y enseguida, a la metafísica de la presencia de la que Derrida quiere deshacerse para pensar el estatuto de la huella o de la trace). La marca que identifica a cada letra, a cada código oral como forma significante, para mantener el análisis en la unidad mínima del lenguaje hablado, aunque desde luego ello podría extenderse a una frase, a una oración, a una afirmación o a un discurso completo, se borra en el mismo momento que se presenta, se presenta ausentándose y así, precisamente, se

vuelve grafema, unidad mínima de sentido, significante. Hay algo en el sonido de la “a”, de la “b”, de la “c”, pero también de la palabra “casa”, “auto”, etc., que permite el pasaje del puro sonido al sentido, pero ese algo que se presenta, su marca o huella, no es ni puro sonido ni sólo sentido, ni sólo ruido ni pura marca o huella significante. Y lo mismo sucede, desde luego, en la escritura. Sólo que aquí la marca actúa como una huella que nos da la experiencia de ser una huella visible, y no una huella sonora, escuchada -pero, en ambos casos, se trata simplemente de una huella, de una huella que, en todo caso, se da a entender como huella visible, o como huella sonora, escuchada o, mejor aún, que abre ella misma el campo de lo visible y de lo audible pero, estrictamente hablando, es sólo huella, ni audible ni visible, es sólo una marca diferencial cuyo concepto no puede ser encerrado ni en los límites de la categoría de lo sonoro ni en los límites de la categoría de lo visible, categorías y oposiciones metafísicas: esa es, precisamente, su principal característica como huella, es decir como trace. La categoría de *différance*, otro de los nombres con los que Derrida (1972a, pp. 3-29) designa a la huella, registra perfectamente este matiz: lo que parece verse en la escritura de la palabra *différance*, la “a” con la que se escribe esa palabra o concepto, que no es verdaderamente ni palabra ni concepto, no es otra cosa que la misma huella que se borra al decir la palabra con la voz en el habla. El habla, en otras palabras, es ya siempre escritura y la escritura, es ya siempre habla-. La marca que, entonces, identifica a cada una de las unidades mínimas de la escritura, en la escritura fonética nuevamente las letras, que vuelve a cada una de ellas citables, reiterables o iterables, no es ni puro dibujo ni sólo código escrito. La forma gráfica que las diferencia tanto como las identifica se pierde en tanto puro dibujo y en tanto sólo código (escrito) o sentido.

Si, como quisiera Derrida, es posible reconocer en el estatuto de esta marca que marca al lenguaje escrito y hablado, a la escritura y al habla, el centro neurálgico de su filosofía y de su crítica a la historia de la filosofía y de la metafísica de la presencia es porque ella alcanza, con su economía singular, al concepto que organizó, desde Platón y Aristóteles, esa historia: el concepto de ser o de presencia, es decir lo que a lo largo de esa historia fue reconocido, también, con el nombre de experiencia: “yo extendería esta ley –sostiene Derrida (1972b)- incluso a toda experiencia en general si aceptamos que no hay experiencia de presencia pura, sino sólo cadenas de marcas diferenciales” (p. 378). El ser -en suma- no está nunca plenamente presente: ni en la voz, ni en el sonido, ni como sentido. Nuestra presencia no es nunca plena sino huella: es la huella o la marca de eso que llamamos presente, del ahora que cada vez que es se escapa y se borra pero permanece, nunca totalmente presente, como la huella de lo que es, del presente que nunca fue simplemente un solo presente, indivisible e idéntico a sí mismo. La experiencia de la plena presencia, de la presencia pura, la auto afección, el percibirse a sí de la propia presencia no es, en esta economía de la pura marca, otra cosa que el efecto de esa economía, de esa marca que nos marca no siendo nunca lo que es, lo que se presenta como que es.

La “initerabilidad” de la escritura: la trace de la trace y el effet de signature

En contra de esta idea derrideana que reduce, y en algún punto agota, el fenómeno de la escritura a la categoría de archi-escritura o al movimiento de la trace, lo que quisiéramos aquí subrayar es que la marca -la marque o la trace de la que venimos hablando- está siempre ya marcada, y está marcada por la marca que marca nuestra presencia y que hace de cada presencia una única presencia. No hay, en sentido estricto, una marca que no esté ya siempre

marcada por la economía de una marca que, si bien no escapa a la economía general de la marca, de la huella, de la cadena diferencial de marcas o de la marca que se borra cada vez que se muestra o que se hace presente, posee a la vez una economía restringida de la marca que, cada vez que es, es marcada por lo que constituye nuestra propia marca. En otro trabajo (Martinez Olguin, 2020), tomando parcialmente los aportes de Nancy (2017) y Agamben (2010), describíamos a esta “segunda” economía de la marca (o de la huella) a partir de la noción de gesto: el gesto -afirmábamos en aquel texto- es una especie de dinamismo sensible que soporta a la palabra dicha, es decir hablada o escrita, y que es percibido cada vez que se habla y cada vez que se escribe. En el habla o en el código oral, la marca de la marca (el gesto) es lo que hace de cada voz una voz única, de cada palabra hablada una palabra dicha, es decir soportada, por una marca -un dinamismo sensible, insistimos- que marca la marca que viene a marcar y hacer posible al habla. Si, para decirlo de otro modo, el efecto de la marca o de la trace de la que habla Derrida es lo que la historia de la filosofía llama conciencia, pensamiento, voz interior o voz humana en general (Derrida, 1967a, pp. 15-41), el efecto de la marca de la marca -el gesto- es lo que hace de cada voz una voz, pero una voz que ya no cae, como quisiera Aristóteles, ni del lado de la pura animalidad ni del lado de la pura humanidad, ni de la simple phoné ni del logos que, en la voz humana, vendría a envolver y a suprimir a la phoné en un mismo movimiento y de una misma vez . El gesto o lo que aquí, siguiendo críticamente a Derrida llamamos entonces la marca de la marca, no consiste sin embargo en un fenómeno puramente acústico, sonoro o físico (pues ¿hay fenómeno puramente acústico, sonoro o físico?), porque este gesto o esta marca de la marca no se reduce simplemente a la frecuencia con la que vibra cada voz, es decir a su timbre. Se trata, en todo

caso, de la pura vibración con la que vibra una voz, de la energía singular con la que se la hace vibrar, del aliento -que tampoco es sólo aliento- con el que cada palabra hablada es, en suma, soplada de la boca para hablar y que forma, mientras se pronuncia, una especie de melodía: otra cadena de marcas diferenciales que se agregan, supliendo, es decir sin sumársele, a la cadena de marcas diferenciales que Derrida designa, precisamente, con el nombre de huella . En el código escrito, por otro lado, esa marca que marca la marca, esta energética, este movimiento -o economía- que se agrega al movimiento -o a la economía- de la huella, de la presencia, que lo suple o que la suple (en el sentido que Derrida le da a la noción de suplemento en *De la grammatologie*), es el trabajo de la mano que escribe, el trazado singular de una forma específica (de una pura forma) que no puede describirse sino es a través de una imagen o una metáfora, y por lo tanto de una palabra que ya no le corresponde para que su descripción sea plena. Se trata, en síntesis, de la textualidad singular de cada escritura, o de lo que Flaubert (1980, p. 31) llamaba, también, el estilo. El gesto como indicio o síntesis de esta textualidad o estilo, de este dinamismo sensible marca, así, la marca que lleva el código escrito para convertirse en escritura (en el sentido de Derrida) y la escritura (en el sentido corriente, como el ejercicio de trazar letras) marca a la escritura (como archi-escritura, como movimiento de la huella o de la trace). Ahora bien, si esta “segunda” marca -el gesto- marca a la marca lo hace dejando una huella (una trace), que se agrega a la primera puesto que, en el código escrito o en la escritura, se graba en la materia sensible convirtiéndose precisamente en escritura, es decir inscribiéndose. Y esto es, si se quiere, lo que Derrida pasa por alto: en su afán por seguir el movimiento de la huella, de inaugurar una reflexión sobre ese movimiento, el de la escritura como archi-escritura -para

barrer, a partir de él, con la metafísica de la presencia- olvida o descuida lo que hace de la escritura, como el movimiento de trazar letras y de grabarlos en el papel escrito, su especificidad: la de ser marca de la marca, por un lado, y la de ser marca de la marca que se graba o se inscribe. La escritura, en el sentido corriente, tiene así el estatuto inédito, específico y singular de lo que, siempre siguiendo al propio Derrida, podríamos denominar la huella de la huella o la trace de la trace porque esta “segunda” marca o huella es una marca o una huella que, a pesar de que no se presenta nunca plenamente, coincidiendo así con la economía “evanescente” de la trace derrideana, se inscribe en el papel como la huella singular del que escribe, dejándose leer como la expresividad única que lo caracteriza, funcionando así como una especie de “firma” porque posee el efecto de una firma.

Casualmente, es en este mismo texto de 1971 en donde Derrida, después de haber ocupado casi toda su conferencia a intentar acercarse al movimiento de la huella o de la trace, deja al descubierto este descuido de la escritura en el sentido corriente, es decir como huella de la huella o trace de la trace, al negar toda existencia a este “efecto” de firma (effet de signature). Casi al final del ensayo, y volviendo su análisis sobre la ausencia radical del emisor como condición necesaria del código escrito, Derrida se detiene, entonces, en este tipo muy particular de código escrito, en la firma, y en su “enigmático” efecto: Por definición, una firma escrita implica la no presencia actual o empírica del signatario. Pero, se dirá, señala también y recuerda su haber estado presente en un ahora pasado, que será todavía un ahora futuro, por tanto un ahora en general, en la forma trascendental del mantenimiento. Este mantenimiento general está de alguna manera inscrito, prendido en la puntualidad presente, siempre evidente y siempre singular, de la forma de la firma. Ahí está la

originalidad enigmática de todas las rúbricas. Para que se produzca la ligadura con la fuente, es necesario, pues, que sea retenida la singularidad absoluta de un acontecimiento de firma (événement de signature) y de una forma de firma: la reproductibilidad pura de un acontecimiento puro (Derrida, 1972b, p. 391).

¿Cuál es, pues, el efecto enigmático de las firmas, lo que Derrida llama un acontecimiento de firma (événement de signature)? El de actuar, en algún sentido, como huella de la huella, el de ser el ejemplo paradigmático de la forma en la que la escritura, en su sentido corriente, se comportaría como trace de la trace. Y ello por dos motivos: en primer lugar, porque la característica primordial de la firma es mantener su ligazón con la fuente o con el que escribe, es decir con el signatario, a través de una identidad de marca única. Identifica, en su singularidad, al que escribe. Y en segundo lugar, porque esa ligazón con la fuente, este “mantenimiento general” de la ligazón con su fuente -con el que escribe o con el signatario- se produce por medio de la inscripción (la palabra la utiliza Derrida) de “una singularidad absoluta” que es la de la forma de la firma. Lo que Derrida intenta -en principio, como veremos enseguida- mostrar aquí es, en suma, que la firma parece retener en su forma, en la “puntualidad presente, siempre evidente y siempre singular” de la forma de la firma, de su marca, la presencia del emisor del código o del firmante en su estricta unicidad, como una presencia única. Y sólo así, en efecto, actúa como firma: en la medida en que esa singularidad está allí, retenida, grabada, escrita como una firma, como una sola y única firma. Pero allí donde Derrida parecía reconocerle a la escritura, a través de la firma escrita, su condición de huella de la huella, de huella (marca marcada y grabada, escritura) de la huella (de la marca como condición de todo código escrito), justo cuando parece conducir su reflexión hacia un verdadero acontecimiento, el del efecto de la

firma como traza de la traza, Derrida vuelve sobre sus pasos y desecha semejante hipótesis de un acontecimiento puro, de la escritura como huella de la huella: “¿Hay algo semejante? -se pregunta-. La singularidad absoluta de un acontecimiento de firma ¿se produce alguna vez? ¿Hay firmas?” (Ibid.). La condición de posibilidad de los efectos de la firma, responde volviendo sobre los argumentos con los que abría la conferencia y cerrándole toda posibilidad a otorgarle a la escritura, como el ejercicio de trazar letras, que traza una firma, en este caso, su especificidad, son simultáneamente la condición de su imposibilidad, “de la imposibilidad de su pureza rigurosa” (de su condición de puro acontecimiento, de huella de la huella, en nuestros términos): para funcionar, para ser legible, “una firma debe poseer -afirma Derrida- una forma repetible, iterable, imitable” (Ibid.). No hay, pues, acontecimiento puro, la escritura no esconde ningún secreto: la firma escrita hace efecto, en todo caso, como acontecimiento de firma por el movimiento de la huella, en su condición, por lo tanto, de archi-escritura y no de huella de la huella, de huella (marca grabada, retenida, y retenida como una única huella) de la huella (de la marca). Sin embargo, a pesar de su resistencia, que por omisión y a veces por rechazo explícito como en este caso, a concederle a la escritura su especificidad por fuera de su condición de archi-escritura; a pesar de caer, en este punto y, para ser justos, sólo en este punto, en el movimiento de inflación de la escritura que él mismo denunciaba algunos años antes (Derrida, 1967a, p. 15), lo cierto es que la escritura, en el sentido corriente, sí tiene su marca propia: la escritura, como huella de la huella o traza de la traza, es marca marcada, marca de la marca pero marca marcada y grabada, marca de la marca inscrita, hundida en el material sobre el que ella se graba como una única huella, como la presencia de una única presencia y ligada, como la firma, y para siempre, a la mano que

allí escribió, que dejó allí su huella, entonces, tan única, irrepetible e “initerable”, en este sentido, en su condición humana.

Comentarios finales

A lo largo del trabajo hemos intentado explicar -y en algún punto demostrar- que la concepción de la escritura que desarrolla Derrida tiene como principal dificultad la posibilidad de identificar la especificidad de la escritura en su sentido corriente, es decir como el ejercicio de trazar letras, o como bien señalaba Condillac, de grabar ideas o pensamientos. En su recorrido intelectual, como destacábamos en la introducción, el tema de la escritura es para Derrida un tema central ya que conforma el principal articulador de su crítica a la metafísica de la presencia que caracteriza al pensamiento occidental, crítica que, en efecto, conforma sin dudas el gran aporte de la deconstrucción al campo de la filosofía. El lugar que, por lo tanto, posee la concepción derrideana de la escritura, como archi-escritura o movimiento de la trace, no puede bajo ningún punto de vista ser aislado de esa crítica que Derrida ya había comenzado a esbozar en sus primeros textos sobre la fenomenología. Es decir: la escritura como archi-escritura o movimiento de la trace pretende devolver a la escritura el sitio que la filosofía, desde Platón, le había otorgado como instancia secundaria, derivada o incluso maléfica con respecto al habla, o bien a la producción del sentido, al pensamiento, o más ampliamente al ser en cuanto tal. En este texto optamos, en particular, por abordar este déficit que creemos posee el concepto de escritura en Derrida a partir de la Conferencia que el filósofo francés da en Montreal en 1971, y más específicamente a partir de la categoría con la que el propio Derrida elige, en el contexto de esa conferencia, desplegar ese concepto: la categoría de iterabilidad. La elección de este camino se fundamenta, en efecto, en el hecho

de que es precisamente a través de esa categoría que aquel déficit o descuido que mencionábamos se refleja en forma más acabada. Retomando muy brevemente los argumentos que desarrollábamos más arriba, para Derrida la condición de iterabilidad de la escritura (en su sentido corriente) viene a mostrar que en ella está comprendida el mismo movimiento o “economía” que hace posible al habla, al sentido, o al pensamiento. Porque lo que hace de cada código un signo (sea éste, precisamente, escrito u oral) es la posibilidad misma de que pueda ser repetido, citado o iterado, y ello siempre independientemente del sentido que transporta, del contexto en el que es enunciado, y también -como desarrollamos más arriba- del receptor y del emisor de ese signo. Existe, puesto en otras palabras, una identidad de marca -que es al mismo tiempo una diferencia- que identifica -y al mismo tiempo diferencia- a cada signo de otro y es esto mismo lo que hace posible la escritura (en su sentido corriente), pero también al habla o a la palabra hablada. Si hay sentido, sea éste transmitido por la voz o a través de la letra -en suma- es por esta condición de iterabilidad del código en tanto signo e independientemente, por lo tanto, de si es oral u escrito. Como vemos, esta característica de iterabilidad de los signos equipara habla y escritura. Ahora bien: esta marca que identifica y diferencia a cada signo -sostiene Derrida- si bien es iterable no es, de ningún modo, una marca plenamente presente, porque no constituye una marca plena, idéntica a sí misma. Se trata, en el estricto sentido que le da Derrida a esta densísima categoría, de una traza o de una huella, es decir de una marca que se borra cuando se presenta, o que nunca está plenamente presente porque remite a otra marca, y esta última a otra, constituyéndose como tal en este juego “metonímico” de diferencias e identidades (no plenas) que se remiten mutuamente sin origen ni principio. El

concepto de iterabilidad, como pretende Derrida y como intenta demostrarlo en la Conferencia en Montreal, lleva al corazón de su filosofía y de su crítica a la metafísica de la presencia porque, según nos muestra este movimiento o economía de la trace, no hay presencias plenas, ni marcas idénticas a sí mismas, ni en la voz ni en la escritura, ni en la letra ni en la palabra hablada. Lo único que existe, entonces, son huellas o marcas semiplenas, siendo incluso la idea misma de la plena presencia, de la marca o de la plena huella (o más ampliamente de la experiencia de lo que es o del ser) el producto mismo de aquel movimiento o economía. Sin embargo, es precisamente esa condición iterable del signo, y en consecuencia de la escritura como archi-escritura, lo que refleja en forma mas acabada el descuido o el déficit de esta concepción en relación con la idea de escritura como el ejercicio de grabar o trazar signos. Porque la escritura en este último sentido, si bien permanece iterable en su estatuto de archi-escritura o movimiento de la trace o del sentido, es “initerable” o irrepitable en su condición de ejercicio que graba o traza letras, es decir que fija el sentido de una determinada forma, en la materia sensible. Cada escritura posee, puesto de otro modo, un “borde” expresivo, un dinamismo sensible que pertenece única y exclusivamente al que escribe, que es imposible de ser repetido, sino a costa de repetir esa misma forma de expresión por la cual el sentido fue fijado como escritura. Y esto es, en efecto, lo que configura la especificidad de la escritura en su sentido corriente: su “initerabilidad”, la “initerabilidad” de cada escritura en su condición humana. Siguiendo a Derrida, incluso, llamamos a esta especificidad de la escritura -en su sentido corriente- la condición de ésta como huella de la huella o trace de la trace por las dos características a través de las cuales ella se asimila o se mantiene afín al movimiento de la trace o de la huella: porque esa expresividad o dinamismo

sensible se despliega del mismo modo que el movimiento de la traza o de la huella derrideana (no presentándose nunca plenamente en el papel escrito: es una pura forma), y en segundo lugar porque a pesar de permanecer initerable en su singularidad el gesto del que escribe (este dinamismo sensible) queda grabado en el papel como el gesto único del que escribe, es decir posee el efecto de una firma. Efecto al que, casualmente, Derrida le niega toda existencia en la misma Conferencia.

Bibliografía

- Agamben, G. (2010). "Notas sobre el gesto". En Medios sin fin. Notas sobre la política, Valencia: Pre-textos. pp. 47-56.
- Aristóteles. (1998). Política. Madrid: Gredos.
- Barthes, R. (2002) "Variations sur l'écriture". En R. Barthes. Œuvres complètes. Paris: Seuil (tomo IV)
- Bonnot de Condillac, E. (2014). Essai sur l'origine des connaissances humaines. Paris: Vrin.
- Cragolini, M. (2012). Derrida, un pensador del resto. Buenos Aires: La Cebra.
- Derrida, J. (2015). Clamor / Glas. Madrid: Oficina de arte y ediciones.
- Derrida, J. (1967a). De la grammatologie, Paris: Minuit.
- Derrida, J. (1962). "Introduction". En E. Husserl. L'Origine de la géométrie. Paris: PUF.
- Derrida, J. (1972a). "La différence". En J. Derrida. Marges de la philosophie. Paris: Minuit.
- Derrida, J. (1968). "La pharmacie de Platon". En Tel quel. (32). pp. 3-48.

- Derrida, J. (2000). "La phénoménologie et la clôture de la métaphysique. Introduction à la pensée de Husserl". *Alter*. (8). pp. 69-84.
- Derrida, J. (1967b). *La Voix et le phénomène*. Paris: PUF.
- Derrida, J. (1967c). *L'écriture et la différence*. Paris: Seuil.
- Derrida, J. (1972b). "Signature, événement, contexte". En J. Derrida. *Marges de la philosophie*. Paris: Minuit.
- Flaubert, G. (1980). *Correspondance*. Paris: Gallimard (tomo 11).
- Gasché, R. (2014). "Force de déconstruction". En *Rue Descartes*. 82(3). pp. 61-64.
- Husserl, E. (1962). *L'Origine de la géométrie*. Paris: PUF.
- Martínez Olguin. (2020). *El parpadeo de la política. Ensayo sobre el gesto y la escritura*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Martínez Olguin. (2018). "Le zoon politikon, l'espace public et la proximité de la parole. Sur le logocentrisme de la philosophie politique". *Philosophia*. (78/1). pp. 33-59.
- Martínez Olguin. (2018). *Politique de l'écriture*. Paris: L'Harmattan.
- Moati, R. (2009). *Derrida / Searle. Déconstruction et langage ordinaire*. Paris: PUF.
- Moati, R. (2013). "Les métastases de la trace, écriture et déconstruction chez Derrida". En Nicolas, F. (dir). *Les mutations de l'écriture*. Paris: Éditions de la Sorbonne.
- Nancy, J. L. (2017). "El arte hoy". En *El arte hoy*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 21-35.
- Platón. (2008). *Fedro*. Barcelona: Gredos.
- Saussure, F. (1945). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.

- Spivak, G. C. (2013). Sobre la deconstrucción. Introducción a De la gramatología de Derrida. Buenos Aires: Hilo rojo Editores.
- Slavoj, Z. (1993). Tarrying with the negative. Durham: Duke University Press.

Notas

La amenaza de esta crisis se produce, puesto en otras palabras, por la posibilidad misma que la inscripción lleva consigo: la de la pérdida del sentido del acto de pensamiento que lo creo, producto de la transmisión del sentido, y la del riesgo del olvido del sentido que se quiso transmitir.

La elaboración de esta crítica se realiza, en lo fundamental, en la primera parte del ensayo de Derrida (1967a, pp. 7-126).

Dos textos, para ser justos, constituyen una excepción -creemos- en relación con este descuido de Derrida: su ensayo titulado Force et signification (Derrida, 1967c), y el libro que el filósofo francés le dedicó a Hegel y Genet, publicado bajo el título de Clamor / Glas (Derrida, 2015). En el primero, Derrida no sólo destaca, en relación con el sentido corriente del término escritura, el problema de la inscripción o del grabado del texto escrito en su relación con la singularidad del estilo y de la creación del que escribe, problema al que aquí haremos referencia parcialmente a partir de la idea de la escritura como trace de la trace, sino que también vuelve en varias ocasiones sobre ambas cuestiones a través de la idea de la fuerza (la force) de la significación (Gasché, 2014). En el segundo, por otro lado, Derrida se ocupa de la cuestión de la rúbrica o de la firma (signature), tema que abordaremos en lo que sigue a partir de la Conferencia del autor en Montreal. En este último texto, sin embargo, Derrida no traza ninguna relación entre la idea de la firma y el

concepto de archi-escritura, como sí lo hace en dicha Conferencia a través de la categoría de iterabilidad y de la noción de *effet de signature* (volveremos sobre todo esto en el cuerpo del texto).

Esta separación y esta jerarquía que Condillac establece entre los diferentes tipos de lenguajes no deja de ser más que sugestiva a propósito de la cuestión que nos ocupa: la cuestión de la escritura. En primer lugar, por la jerarquía misma: el lenguaje de la acción, el lenguaje gestual, que en algún punto no dejan de ser una sola y misma cosa: pues el gesto es un tipo de acción, estarían en un grado evolutivo inferior al lenguaje articulado, lo que marca, de entrada, la primacía del *logos*, del lenguaje articulado como la forma más cercana a la forma más plena de la evolución humana, es decir a la forma más plenamente humana. Y en segundo lugar, y más importante, por los efectos que la separación involucra: pues la reducción de la escritura al sólo estatuto de lenguaje articulado, separado del lenguaje de la acción y del lenguaje gestual, suprime lo que hace de la escritura, una escritura: su gesto. El gesto de la escritura, o mejor aún, lo que define a la escritura: su gestualidad, su movimiento inerte, paralizado en el papel pero, al fin y al cabo, movimiento, gesto, acción de una mano que ya no está plenamente presente, queda en Condillac reducido a la nada. Remitimos para una mejor comprensión de este tema a nuestro trabajo *Politique de l'écriture* (Martinez Olguin, 2018). Volveremos más adelante, de todos modos, sobre esta noción de gesto.

Esto es, en efecto, lo que el propio Derrida describe en su pequeño ensayo de 1967 sobre la fenomenología de Husserl: "...el cuerpo fenomenológico del significante parece borrarse en el momento mismo de producirse. (...) Se reduce fenomenológicamente a sí mismo, transforma en pura diafanidad la opacidad mundana de su cuerpo. Esta borradura del cuerpo sensible y de su

exterioridad es para la conciencia la forma misma de la presencia inmediata del significado” (Derrida, 1967b, p. 86).

En su excelente trabajo sobre Derrida Spivak (2013) plantea, en efecto, que esta escritura “bajo tachadura” de la que es una de sus expresiones más acabadas el concepto derrideano de la *différance*, es central para comprender el movimiento de la *trace*.

Establecemos esta diferencia entre una economía general de la *trace* o de la marca (que es la que identifica y de la que habla Derrida) y una economía restringida de la *trace* o de la marca (que es la que identificamos nosotros e intentaremos desarrollar en las próximas páginas) a partir del propio Derrida y, más específicamente, del artículo que le dedica a Georges Bataille en *L'écriture et la différence* (Derrida, 1967c, pp. 369-407). Nos apropiamos de esta diferencia, sin embargo, de modo libre y sin seguir el argumento del filósofo francés cuyo objetivo y contexto, en el mencionado artículo, es bien distinto al de este trabajo.

Se trata, para decirlo en otras palabras, de la voz que habla por sí misma que describe Zizek (1993) en *Tarryng with the negative*.

Remitimos, para un mejor desarrollo de esta inadecuación de la esfera del gesto en relación con la clásica división entre *logos* y *phoné* de Aristóteles a nuestro trabajo *Le zoon politikon, l'espace public et la proximité de la parole. Sur le logocentrisme de la philosophie politique* (Martinez Olguin, 2018).

Tomamos la expresión la palabra soplada del artículo del mismo nombre que Derrida dedica a Artaud en *L'écriture et la différence* (Derrida, 1967c, pp. 253-292).